

CAPITULO XLVI.

JESUCRISTO OBJETO DE CONTRADICCION Y MOTIVO DE ESCÁNDALO.

UNA de las mas profundas predicciones que se hayan hecho con respecto á Jesucristo es la del santo viejo Simeon. Dijo este teniéndolo en sus brazos: *Este Niño está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion, á fin de que sean descubiertos los pensamientos de un gran número de corazones.* (Luc., II, 34.) En Jesucristo, unas mismas cosas, los diversos estados de su vida, su doctrina, su conducta, sus milagros, han hecho caer á unos y han levantado á otros, segun sus disposiciones interiores. En todo sufrió contradiccion, en todo fué admirado, y por aquí se pusieron de manifiesto los secretos pensamientos de los corazones. Aquellos en quienes operaba la gracia le escucharon y siguieron: este [fué el corto número. Los que resistieron á la gracia le odiaron y persiguieron. Todo era en él edificante en grado supremo, y todo era materia de escándalo, segun que se miraba ó con los ojos de la fe ó con los de la naturaleza. Encantaba y arrebatava deliciosamente el espíritu humano, cuando este se elevaba á los designios sobrenaturales; espantaba y trastornaba este mismo espíritu cuando se abandonaba á sus errores y pasiones. Su vida comun y su fácil acceso eran un atractivo para los pecadores; y para los falsos justos era un motivo para desecharle y para decirle: *Este hombre ama la buena mesa y el buen vino; es el amigo de los publicanos y gentes de mala oida.* (Luc., VII, 34.) Su doctrina pura y sublime extasiaba las almas rectas y sencillas; los corazones solapados y falsos no podian sufrirla. Los unos no podian menos que reconocer en él algo de divino, viendo cuánta era su sabiduría, y que no la adquiria de los hombres; los otros no po-

dian resolverse á creer en él, porque era el hijo de un artesano y él mismo lo era tambien. *¿Cómo sabe este las letras, decian, sin haber estudiado?* (Joan., VII, 15.) Por otra parte, Nicodémus le decia: *Maestro, nosotros conocemos que eres un maestro enviado de Dios: porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, á no tener á Dios consigo.* (Joan., III, 2.) En todas ocasiones el pueblo testigo de sus milagros bendecia á Dios, y confesaba que nada de semejante se habia visto en Israel. De otra parte, sus enemigos pretendian que arrojaba los demonios por la virtud del príncipe de los demonios; ponian en duda sus milagros porque los hacia el sábado; y no pudiendo sufrir la brillantez y la multitud de ellos, se ratificaron en el designio de perderle.

¿Quién creyera que con motivo de un mismo hombre y de un hombre tan extraordinario como Jesucristo, fuese tan extremada la diversidad de los sentimientos? Mas nosotros no reflexionamos lo bastante en la corrupcion del corazon humano y en su profunda perversidad. No era el entendimiento sino el corazon el que juzgaba de Jesucristo; y de ahí la gran divergencia de los juicios que de él se formaban. Los menos ilustrados no podian engañarse en él, por poco recto que tuviesen el corazon; y los mas perspicaces, si les faltaba esta rectitud, no podian menos que estar ciegos, ó cegarse á sí mismos. Por esto decia Jesucristo: *Bienaventurado aquel que no tomare de mi ocasion de escándalo.* (Mat., XI, 6.) ¡Qué! ¡tan fácil es escandalizarse en la persona de Jesucristo, que él mismo llama dichosos á los que se librarán de este escándalo! En verdad que esta sentencia debe hacernos temblar á todos; pues no somos de una naturaleza diferente de la de los judíos, ni tenemos el espíritu ni el corazon formados de otro modo que ellos. Y si esta nacion, á la cual estaba prometido el Mesías, que no suspiraba sino por el Mesías, que no fundaba todas sus esperanzas sino en el Mesías; que no existia, que no formaba un pueblo aparte, que no habia recibido de Dios su ley, su culto, sus ceremonias; que no habia tenido una tan larga serie de profetas, que Dios no lo habia especialmente

governado, protegido, adoptado sino con la mira del Mesías; si esta nacion, repito, querida y privilegiada se escandaliza de su Mesías cuando apareció en la persona del Hombre Dios, hasta clavarlo en una cruz, ¿cómo no nos escandalizaremos nosotros, gentiles de origen, nosotros extraños á las promesas de Dios, nosotros sustituidos á los judíos por una pura misericordia, nosotros que á mas de las razones aparentes de escándalo que tenian, tenemos á mas la del oprobio y de los tormentos de su pasion? Sí, dichoso el cristiano que en nada se escandalice por lo que mira á la adorable persona de Jesucristo, su doctrina, su vida, su muerte, sus sentimientos y sus virtudes. Este cristiano no atiende ni á la carne, ni á la sangre, ni á una razon engañadora: no escucha sino la fe, no piensa ni juzga sino segun las luces de la fe. La fe le enseña que para él todo es digno de veneracion, de amor, de imitacion en Jesucristo, y tanto mas digno en cuanto choca y trastorna mas la naturaleza. Mas ¡cuán raros son y han sido siempre esta suerte de cristianos! Sin hablar de los herejes, de los libertinos, de los incrédulos, que todos se han escandalizado de Jesucristo, todo cristiano que no es verdaderamente un hombre interior, que no trabaja para serlo, que no sabe ó ni quiere aún saber lo que es, se escandaliza mas ó menos de Jesucristo. Consiente en adorarle, pero ¿consiente en parecersele? ¿Le respeta como á su maestro, pero ¿gusta de su doctrina? ¿la sigue en la práctica? Le reconoce por su modelo; mas al proponerle sus ejemplos, retrocede, no los cree hechos para él, ni aún los tiene por practicables. ¿No es escandalizarse de Jesucristo el estimar, el querer, el buscar con afan lo que él ha despreciado, aborrecido, desechado? ¿El tener menosprecio, aversion ú horror á lo que él ha estimado, apeteci lo, abrazado, preferido á todo lo demas? Y ¿cuál es el cristiano que hasta cierto punto no se halla en esta disposicion? ¿Cuál es el cristiano que de ella se avergüenza delante de Dios, que se confunde, que le pide sinceramente la gracia de salir de ella y que hace todos los esfuerzos para conseguirlo? ¿Cuál es el cristiano que no se justifica á sí

mismo acerca de su modo de pensar y de obrar en esta parte? Mas el justificarse en las cosas en que se está en manifiesta oposicion con Jesucristo es condenarle, y con mucha mayor razon es escandalizarse de él. Hé aquí sin embargo el punto en que casi todos nos hallamos. Los santos persiguen en sí mismos todo cuanto observan de contrario al espíritu de Jesucristo, y se aplican á destruirlo. Mas por esta sola razon de ser imitadores de Jesucristo, se halla en los santos motivo de escándalo y se les condena. Todas las persecuciones que han tenido que sufrir los santos, no reconocen otra causa.

Remontémonos al principio, y probemos el abrir los ojos á tantos cristianos, que no lo son sino de nombre y profesion exterior, no solo en el siglo, sino tambien en la Iglesia y aún en el claustro.

Tenemos todos un fondo de orgullo y de amor de nuestra propia excelencia inherente á todo ser creado, que ha precedido á todo pecado y ha sido origen de él. Este orgullo, cuando nosotros cedemos á su instigacion, nos rebela contra Dios, nos hace odiosa nuestra dependencia, nos inclina á sustraernos á su dominio, nos hace olvidar que de él tenemos todo lo que somos, que no podemos sin él ser dichosos. Todo se lo apropia, todo lo atrae á sí, y en sí se apoya únicamente; no puede sufrir lo que le llama á su nada y al conocimiento de sí mismo, y cuanto le recuerda la adoracion, la obediencia y el amor que debe al Ser supremo. Por este vicio cayó el ángel, habiéndose querido igualar á Dios; por este vicio tentó el precito al primer hombre y le hizo sucumbir, sugiriéndole la vana idea de que seria semejante á Dios, comiendo del fruto prohibido.

El justo castigo de nuestro orgullo arrastró la rebelion de la carne y su concupiscencia contra el espíritu. De ahí este amor desordenado de nuestro cuerpo; este afan desmedido de procurarle sus gustos y comodidades; y sobre todo esta propension violenta á los placeres de los sentidos, origen funesto de nuestros pecados y de nuestro apego á las cosas de la tierra, en las

que hacemos consistir nuestra felicidad, que solo podemos hallar en la posesion de Dios.

Habiendo, pues, el orgullo y la sensualidad sumido al género humano en un monstruoso desorden, del cual era imposible que saliese por sí solo, pareció Jesucristo sobre la tierra para traer el remedio á estos dos vicios. Manifestó en su persona un Dios obediente, humillado, anonadado, á causa de la naturaleza humana á la que se habia unido; y por este medio puso mas patente que el sol la injusticia excesiva y el crimen imperdonable del orgullo de una simple criatura, que osa rebelarse contra Dios. Infinitamente rico en sí mismo, manifestó un sumo desprecio de las cosas de la tierra; vivió en la pobreza y en el trabajo; murió entre tormentos para enseñarnos hasta qué punto nos envilecemos por el amor de los deleites criminales, qué hemos de tratar con dureza nuestro cuerpo y sacrificarlo, si es necesario, para conservar nuestra alma. Su doctrina fué conforme á sus ejemplos. No predicó sino la humildad y la renuncia á todo cuanto satisface los deseos corrompidos de la carne.

Y esto mismo es lo que escandalizó y escandalizará siempre al hombre orgulloso y sensual; porque como no puede sostener el paralelo de sus sentimientos con los de Jesucristo, de su conducta con la de Jesucristo, le es forzoso fallar, ó contra Jesucristo ó contra sí mismo. Mas él se estima, se ama demasiado para condenarse á sí propio; su fe, mientras la conserva, no le permite condenar á Jesucristo. ¿Qué hará, pues? Raciocinará contra las pruebas y los principios de la fe; la debilitará y la extinguirá poco á poco en su corazon, la apartará de su pensamiento y descuidará sus prácticas: tal es el partido que toman los herejes, los incrédulos y los libertinos. Se limitará á lo exterior de la religion, á las oraciones vocales, al cumplimiento de los deberes necesarios ó indispensables para la salvacion; pero ni áun pensará en combatir su orgullo, su vanidad, su sensualidad, sino en lo que tienen evidentemente de criminal. Además, estará lleno de sí mismo, satisfará sus sentidos, estará apegado

á las cosas de este mundo, como si no tuviera la menor idea de Jesucristo, ni la menor obligacion de imitarle. Así se portan los cristianos ordinarios. Tendrá cada dia sus horas arregladas para la oracion, para una lectura piadosa; oirá misa regularmente, asistirá á los oficios de la Iglesia, frecuentará los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, no descuidará ocasion para ganar las indulgencias, practicará algunas obras de caridad. Mas en su alma no podrá sufrir una señal de desprecio, una humillacion, una falta de respeto y de atencion; solo se ocupará en sí mismo, en su nobleza, en su dignidad, en su mérito, en la consideracion de que disfruta, ó en sus riquezas que equivalen á todo esto. Será delicado en sus alimentos, muelle en sus vestidos, nada rehusará á su cuerpo de lo que no ofende claramente la conciencia: el temor de perjudicar su salud no le dejará observar las abstinencias y los ayunos de la Iglesia. Con todo esto se creará un cristiano superior al comun, un devoto de profesion, sin ver lo demas que puede exigir de él Jesucristo, y sin tener ni una idea de las virtudes interiores y de la muerte á sí mismo. Tal vez, en fin, se dará á la espiritualidad, leyendo los libros que tratan de ella; hará la meditacion ó tal vez la oracion á su modo; tendrá conferencias con otros sugetos espirituales como él sobre asuntos místicos, en las que cada uno á porfía querrá parecer mas ilustrado que los demas. Pero ¿tendrá en esto por objeto adquirir la humildad, quedándose oculto en Dios y olvidado de los hombres? De ningun modo. De ello tomará ocasion para estimarse en mas, como un hombre versado en los caminos de Dios, y para adquirirse este concepto con ciertas personas; en su oracion no buscará sino las luces que elevan, que deslumbran, que rodean de ilusion, ó bien las dulzuras y los sentimientos tiernos que alimentan el amor propio; tendrá horror á las sequedades, á las tinieblas, á la aridez y á otras pruebas que conducen al menosprecio de sí propio, al desapego, á la muerte interior.

Todos estos cristianos que acabo de describir ¿son verdade-

ros discípulos de Jesucristo? ¿han penetrado en las disposiciones íntimas de su corazón? ¿gustan acaso de los diferentes estados de pobreza, de oscuridad, de contradicción, de sufrimientos, de oprobios, por los que él quiso pasar? consentirían en probar algo que se le pareciese? ¿lo desean de veras? ¿se humillan á lo menos por sentirse incapaces de un tal esfuerzo de virtud, y reconocen que tal es el espíritu del cristianismo? Puede asegurarse que no: que están muy distantes de extender tanto sus miras y sus pensamientos, que desearan que Jesucristo hubiese hecho menos para salvarlos y que exigiese menos de los que él llama para seguirle. No le renuncian absolutamente; pero rehusan seguirle por tan estrechos senderos, y se labran un camino menos incómodo para el espíritu y para la carne. No se atreven á decir que se escandalizan de Jesucristo; pero se avendrian mejor con su moral, si concediese algo al amor propio; y con sus ejemplos, si con ellos no le diese el golpe mortal.

CAPITULO XLVII.

JESUCRISTO VINO Á TRAER EL AMOR DE DIOS SOBRE LA TIERRA.

EL amor divino es el fuego de que habla Jesucristo cuando dice: *He venido á poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?* (Luc., XII, 49.) Antes de él el género humano no amaba sino á sí mismo; amaba sus vicios y sus pasiones en las falsas divinidades que se había forjado. El judío conocía al verdadero Dios; mas no le amaba, á lo menos en virtud de su ley, y de la alianza especial que Dios había con él contratado. Esta ley le prometía únicamente bienes temporales si era fiel á Dios; y le amenazaba con castigos temporales si abandonaba su culto por el de los ídolos. Exceptuó un pequeño número de verdaderos hijos de Abrahán, que pertenecían con anticipación á la

ley nueva, y en quienes operaba ya la gracia del libertador prometido, para elevar sus espíritus y sus corazones sobre las cosas de la tierra. Todos los demás servían á Dios por motivos de esperanza y de temor puramente humanos; y estaban tan obstinados en estas miras bajas y serviles, que la principal razón que les movió á desconocer á Jesucristo, es porque engañó su esperanza, anunciándoles únicamente bienes y males espirituales, y enseñándoles á amar á Dios por sí mismo y á servirle con la esperanza de poseerle y con el temor de perderle, sin contar para dada los bienes y los males de la vida presente.

El vino, pues, á traer á la tierra el fuego de la caridad, para consumir en el hombre todo lo que tiene de grosero y de terrestre; todo lo que sirve de pábulo á sus vicios y á sus pasiones; todo lo que le degrada y le envilece, limitando sus deseos y su ambición á las grandezas temporales; todo lo que corrompe y desvia de su verdadero fin sus afecciones, fijándolas en objetos perecederos; todo lo que le hace en efecto enemigo de sí mismo, concretando en él su amor, en vez de elevarlo á un bien mas excelente. Propone con la mas viva eficacia en varios pasajes de su Evangelio el motivo de temer á Dios y de obedecerle, tomados de las penas eternas del infierno; mas no quiere que obre este motivo en los corazones sino en defecto de otros mas poderosos, mas puros y mas sublimes; quiere que se comience por temblar delante de Dios como Maestro y como Juez, para pasar luego á amarle como el mejor de los padres; y que el temor de ofenderle nazca del deseo de agradarle. Propone tambien en todas ocasiones la recompensa celeste para animar nuestra flojedad y sostenernos en la práctica de las virtudes cristianas. Pero ennoblece, perfecciona este motivo de esperanza, mostrándonos el cielo como una herencia prometida al amor filial; y como si consistiese tan solo en ver y gozar á nuestro Padre celestial. Así que, pretende que nuestro afecto hácia él nos haga desear poseerle y practicarle todo, sufrirlo todo, sacrificarlo todo para conseguirlo. Jesucristo, pues, lo reduce todo al amor de Dio

como nuestro Padre, y del prójimo como nuestro hermano; declarando expresamente que en estos dos preceptos, que no forman sino uno, se encierran la ley y los profetas.

Toda su moral, que tan dura parece á la naturaleza corrompida, no tiene en realidad mas objeto que segregar ó arrancar del corazon humano todo lo que seria un obstáculo al amor de Dios; ella despega el corazon de todo lo demas, á fin de que nada le desvíe de amar á Dios y no parta su afecto con las criaturas. Ella priva al hombre el amarse á sí mismo, como no sea por respeto á Dios; y en todos los bienes que recibe ó que espera de Dios quiere que no vea sino á Dios, y que no ame, ni bendiga, ni dé gracias sino á Dios. Seguid exactamente esta moral, y ella os conducirá por grados á la perfecta caridad. No lo ignoramos nosotros, y por esto mismo nos desagrada; porque no podemos resolernos á renunciar al amor propio, el grande, el único enemigo del amor de Dios. La caridad que tan bella nos parece, cuyo nombre es tan dulce y cuya idea nos encanta, es en realidad la cosa á que mayor aversion tenemos y que mas nos cuesta poner en práctica, porque excluye todo amor desordenado de nosotros mismos.

El cielo es la morada de este fuego divino. Arde en Dios desde toda la eternidad, es la vida de las tres personas divinas, cuya esencia y felicidad es el amor. ¿Qué puede amar Dios? Nada existe sino por él; nada es amable sino por la comunión de sus perfecciones. Los espíritus bienaventurados que lo contemplan, no pueden amar sino á él; ellos se aman, pero en él, por él, y para él; ni son libres de amarse de otro modo. Lo perdieran todo, si por imposible llegasen á perder la pura caridad.

Por un exceso de amor hácia nosotros Jesucristo trajo este fuego sobre la tierra; y para nuestra felicidad desea tan ardentemente que este fuego se encienda en nuestros corazones. Sabe que la caridad es la única que puede abrirnos las puertas del cielo, en donde será mas ó menos elevado nuestro trono segun el grado de caridad que acá en la tierra háyamos adquirido. Sa-

be que quien no ama queda y quedará eternamente abismado en las sombras de la muerte; que la desdicha del diablo y de sus ángeles es el no amar á Dios, sin tener para ello ni el poder ni la voluntad; y que si no amamos á Dios durante esta corta vida, que solo para esto se nos ha concedido, participaremos para siempre de la suerte de aquellos rebeldes espíritus. En este concepto, y segun el amor que nos ha demostrado Jesucristo, juzguemos de lo que sentia en su alma al pronunciar aquellas palabras: *Yo he venido á poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?*

¿Se limita tal vez á quererlo? ¿Su deseo queda de su parte sin efecto? En tanto que vivió, sus palabras, sus acciones, sus ruegos, sus padecimientos no tuvieron otro objeto ni otro fin que ponernos en estado de amar á Dios, empeñarnos á ello, haciendo para lograrlo á nuestros corazones una dulce violencia. En cualquier estado que le consideremos, desde el establo de Belen hasta el Calvario, ¿qué es lo que nos presenta en su persona? Un modelo de amor. ¿Qué nos dice? Ved cómo amo yo á mi Padre y al vuestro, hasta qué punto merece ser amado y cómo debeis amarle vosotros. Si os descubre su corazon, ¿qué veis en él? Una hoguera de amor, y del amor mas puro, hoguera inmensa, capaz de abrasar el universo entero. Y ¡ah! su deseo corresponde al ardor de esta hoguera. A ella os convida, á ella os atrae con toda la fuerza de que es capaz. Venid á tomar á lo menos una chispa del fuego que le devora, ponedla en vuestro corazon, alimentadla, conservadla por todos los medios que él mismo os enseña y os inspira, y no tardará en ser un ascua ardiente que os consumirá.

Desde el cielo en donde habita, ¿qué hace mas sino enviarnos de continuo sus gracias, que son como otras tantas teas encendidas que arroja á nuestro corazon? Y si no arden lo que se necesitaria para derretir nuestro hielo, ¿á quién podemos echar la culpa sino á nosotros mismos? Con tal que nos hallásemos confusos de nuestra frialdad, con solo gemir en su presencia y ro-

garle con vivas ansias que nos la hiciese vencer por su amor hácia nosotros, muy pronto quedaríamos abrasados. El lo quiere, pero nosotros no lo queremos; y mientras persistamos obstinados en no quererlo, sus mas ardorosos deseos serán inútiles, porque nadie ama sino queriendo amar. Y lo repetimos, no queremos amar á Dios, porque queremos amarnos á nosotros mismos.

Y sin necesidad de elevarnos hasta el cielo con las alas de la fe, contemplémosle en el santo tabernáculo, en donde reside y residirá hasta el fin de los siglos. ¿Para qué está allí sino para comunicarnos aquel amor en que arde él mismo hácia su Padre? ¿A qué fin se nos da en la eucaristía, sino para hacernos vivir como él de amor? *El que come mi carne, dice, y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él.* ¿Puede acaso Jesucristo vivir en nosotros sin encender en nuestro corazon el fuego de que se siente abrasado? Y ¿podemos vivir nosotros en él, sin una continua vigilancia en conservar y aumentar el fuego que él ha encendido? ¡Ah! si cada vez que nos acercamos á la santa mesa le dijéramos: Señor, acordaos del objeto que os hizo venir al mundo y que en él os retiene: á vos me presento para recibir el fuego sagrado que habeis traído del cielo. Este fuego sois vos mismo, es vuestra adorable persona. *Dios es caridad*, vuestro apóstol lo ha dicho; *Dios es un fuego que consume*, lo dijo Moisés. Y recibiendo á vos, no es una chispa de este fuego, sino este fuego todo entero lo que yo recibo. ¿Quién impide, pues, oh Salvador mio, de que en él me consuma? Vos lo deseais, yo lo deseo tambien; y si vos y yo lo deseamos, nadie puede detener el efecto de este divino fuego. Mas para usar sinceramente de semejante lenguaje con Jesucristo, preciso es tener horror al amor propio y estar resuelto á perseguirlo hasta su total destruccion.

Si el objeto de nuestras visitas al Santísimo Sacramento fuese reanimar nuestro fervor junto á Jesucristo, exponer nuestra alma á los rayos abrasadores que parten de aquel sol de amor, dejándola penetrar por ellos, sentiríamos los afectos á veces sen-

sibles y siempre reales, que nos trasformarian en otros tantos serafines. ¿Son menester libros, ni actos, ni métodos para acercarse al fuego y calentarse en él? Abandonémonos solamente á su accion, pongámonos lo mas cerca de él que podamos, descansemos allí tranquilos, y él obrará en nosotros con tanta mayor fuerza, cuanto menos nos agitáremos. Mas el amor propio viene tambien aquí á oponerse á las intenciones de Jesucristo. No para él sino para nosotros le visitamos; muchas veces le llevamos un corazon pegado á las criaturas; un corazon inmortificado y sensible á frioleras; un corazon soberbio, desdeñoso, despreciador, lleno de envidia y de hiel contra el prójimo; un corazon ligero, disipado, incapaz de recogimiento; un corazon agitado, turbado con mil cuidados y con mil proyectos; un corazon vacío de la presencia de Dios, que no sabe lo que es oracion y que teme probarlo; un corazon, en fin, todo lleno de sí, todo ocupado en sí, y que cuando mas, quiere conciliar el amor de Dios con el amor propio. En estas visitas no buscamos sino dulzuras y consuelos de que podamos satisfacernos; no es el esposo sino sus caricias lo que nos atrae. Nada menos pedimos que el gozar de lo mas tierno, de lo mas afectuoso, de lo mas deleitable que tiene el amor; mas no queremos lo que tiene de fuerte, de doloroso, de acerbo. Como si la propiedad del fuego, cuando se fija en un cuerpo, no fuese el dividirlo, penetrándolo, el devorarlo y trasformarle en sí, destruyendo su primera forma.

CAPITULO XLVIII.

JESUCRISTO ADORADOR EN ESPÍRITU Y EN VERDAD.

Dios no podia ser dignamente adorado sino por un Hombre Dios. El homenaje que merece es infinito, y ninguna criatura, por pura que sea, se halla en estado de tributarle semejante homenaje; pues no puede darle un valor superior á lo que es